

CAPÍTULO 43

El reino de Granada

Resulta casi milagroso que el último reino islámico de España, Granada, lograra perdurar durante dos siglos y medio a la sombra inclemente de Castilla. El milagro se basaba en dos razones, una económica y otra estratégica. La económica: Castilla sangraba a Granada como los batusis sangran a sus vacas. La sangre del moro era el oro que llegaba de Sudán. Europa, en plena expansión comercial, estaba ávida de oro, y las arcas de Castilla ingresaban unas veinte mil doblas anuales en concepto de parias de Granada. La situación se alteró cuando Portugal desvió la ruta del oro hacia Lisboa. En cuanto la gallina dejó de poner huevos, los castellanos, siempre escasos de liquidez, comenzaron a pensar con arrobo en la gallina misma, en sus sabrosas carnes, en la Alhambra, en las vegas, en los surcos de prietas hortalizas, en las aromáticas manzanas, en las verdes olivas, en las lujuriantes higueras, en el pan de higo, en las almunias, en las norias, en los puertos...

La otra razón que decíamos es la estratégica. La diplomacia granadina hilaba delgado y era virtuosa en el mantenimiento de equilibrios. Entre la hoz castellana y la coz marroquí, los soberanos granadinos habían aprendido la lección de las antiguas taifas y supieron mantenerse en equilibrio, aplacar a Castilla con sobornos y tributos, aceptar solamente pequeños contingentes de tropas marroquíes y sacar provecho de las debilidades y rencillas internas de tan poderosos vecinos aliándose con el bando más débil para contrarrestar al fuerte.

La otra clave de la estabilidad granadina fue su pujante economía basada en una población numerosa, en un racional aprovechamiento de los recursos agrícolas y en un activo comercio con países mediterráneos, tanto cristianos como musulmanes, que impulsó la industria y la artesanía del reino. Europa apreciaba el papel fabricado en Granada. A los arquitectos y albañiles granadinos se los disputaban los reyes de Castilla y los de Marruecos.

En la frontera, estable durante varias generaciones, a pesar de las tensiones intermitentes, floreció una serie de útiles instituciones. Los alcaldes de moros y cristianos eran hombres buenos que mediaban en los pleitos entre comunidades vecinas a uno y otro lado de la frontera. Los alhaqueques pasaban libremente de uno a otro lado de la frontera para mediar en tratos, buscar reses robadas o personas cautivadas y ajustar el rescate después de que los «fieles del rastro», es decir, rastreadores o peritos en seguir sobre el terreno las huellas de cuatreros y reses, les hubieran indicado el destino final de las presas. En los largos periodos de paz, podía surgir incluso una relación de cordial vecindad. Al alcaide moro de las plazas fuertes fronterizas de Cambil y Alhabar lo invitaban a bodas cristianas sus colegas y adversarios de Jaén. Lo que no era óbice para que, poco después, intentaran arrebatarse los castillos, mataran a los atalayas que vigilaban la tierra y la devastaran, que lo cortés no quita lo valiente.

Se produjo incluso un episodio revelador de esa caballerosidad que llegó a presidir las relaciones. En julio de 1457, el rey Enrique IV «fue al castillo moro de Cambil, y llevó consigo a la Reyna, la qual yba en una hacanea muy guarnida, y con ella diez donzellas en la misma forma, de las quales unas lleuaban atuendos de los hombres de armas, y las otras de los ginetes, y llegaron así con esta gente el rey y la Reyna tan cerca de Cambil, que parecían que querían combatir la fortaleza. Y como los moros vieron así llegar la gente, salieron a las barreras, y la Reyna demandó vna ballesta, la qual el rey le dio armada, y fizo con ella

algunos tiros en los moros. Y pasado este juego, el rey se bolvió para Jaén, donde los caualleros que sabían fazer la guerra y la abían acostumbrado, burlaban y refan diciendo que aquella guerra más se hazían a los cristianos que a los moros. Otros dezian: Por cierto, esta guerra bien parece a la quel Cid en su tiempo solía fazer».⁸⁹

Ya lo ven, casi una guerra de opereta.

Hasta que la guerra de veras llegó. En el siglo xv Castilla había reanudado esporádicamente la Reconquista. Primero cayó Antequera; luego, Jimena y Huéscar, poco después, Huelma y Gibraltar. En Granada crecía el descontento contra un Gobierno incompetente que no defendía las fronteras del reino. Quizá el pueblo ignorante se resistía a admitir que Granada no podía soñar ya en medir sus fuerzas con Castilla, pero desde luego advertía que, tarde o temprano, los castellanos les arrebatarían sus casas, sus huertos, sus emparados y sus moreras. (Granada producía mucha seda, algunas moreras tenían hasta cuatro dueños.) En una reacción típicamente fundamentalista que observamos también en el mundo islámico actual, la impotencia frente a la superioridad cristiana los llevó a refugiarse en una fe fanática. A la larga fue peor para ellos. La tradicional tolerancia hacia los cristianos que vivían en Granada, muchos ellos como cautivos, se transformó en creciente opresión.

«¡Los moros maltratan a nuestros infelices correligionarios!, cantaban en Castilla. Los halcones tuvieron un excelente pretexto para plantear la necesidad de conquistar Granada. Solo faltaba un *casus belli*, o sea, un pretexto.

En 1481 el rey Muley Hacén lo sirvió en bandeja: dejó de pagar el tributo anual y, por si esa omisión no aclaraba suficientemente sus intenciones, conquistó a los cristianos el castillo fronterizo de Zahara mediante audaz golpe de mano.⁹⁰

89. Valera, 1941, p. 45.

90. La leyenda romántica quiere que el rey moro rechazara al recaudador cristiano arrogantemente: «Dile a tu rey que Granada ya no

A Fernando le goteó el colmillo. Era una provocación estúpida, un *casus belli* claro. Planeó la conquista de Granada con metódica astucia (no en balde Maquiavelo lo tomaría como ejemplo en su *Príncipe*). Primero fomentó las rencillas internas de la familia real granadina y las facciones de la aristocracia que se disputaban el dominio del reino. El juego se desarrolló a tres bandas: por una parte el rey que quiere conservar su trono, por otra su hijo Boabdil y su hermano el Zagal, que, cada cual por su lado, quieren arrebatarlo. Y, en medio de todos, el zorro de Fernando apoyando a la parte más débil contra la más poderosa.

Boabdil, el hijo de Muley Hacén, se había rebelado contra su padre con el apoyo del poderoso clan de los abencerrajes, pero el rey recuperó Granada con la ayuda de los no menos poderosos zegríes. Entonces su hermano, el Zagal, lo depuso, apoyado por el clan de los Venegas. Muley Hacén, fortificado en la Alhambra, resistió. Mientras tanto, Boabdil, el hijo, fue capturado por los cristianos en la batalla de Lucena, pero Fernando lo liberó para que siguiera incordiando al padre y al tío.

Muley Hacén y el Zagal se unieron contra Boabdil demasiado tarde, cuando ya les había ganado la partida. En vista de que pintaban bastos, Muley Hacén hizo lo único que le quedaba por hacer, morirse. El Zagal, desanimado, arrojó la toalla y se retiró a vivir a Tlemecén, en el Magreb.

Boabdil, ya sultán indiscutido, se instaló en la Alhambra. Con el reino musulmán convenientemente sangrado, los Reyes Católicos procedieron a su definitiva conquista.

Los moros granadinos llevaban tres siglos viendo llegar cristia-

acuña moneda para pagar a cristianos; antes bien forja espadas y lanzas para combatirlos». A lo que el rey Fernando el Católico respondió: «Yo he de arrancar uno a uno los granos de esa granada». Es inevitable que la guerra de Granada se tiña de romanticismo, después de que Washington Irving y otros autores de la misma cuerda pasaran por ella.

nos a su fértil vega para saquearla y talarla. Después del destrozo, en cuanto llegaban los fríos, levantaban sus tiendas y se marchaban hasta la próxima.

Esta vez fue diferente. Los Reyes Católicos habían llegado para quedarse: el campamento que montaron era de casas de adobe y piedra, nada de tenderetes de lona y ramas. Habían construido una auténtica ciudad (que aún existe): Santa Fe. Es falsa, naturalmente, la leyenda que atribuye a la reina católica la promesa de no cambiarse de camisa hasta que conquistara Granada, una empresa que le llevó años.⁹¹

Dentro de Granada, los moros estaban divididos en dos bandos, palomas y halcones: unos querían entregar la ciudad a condición de que sus bienes fueran respetados, otros eran partidarios de resistir a ultranza. Pero los tiempos de Numancia ya estaban olvidados. Al final, Boabdil puso a los halcones ante el hecho consumado de que ya había entregado la Alhambra. Secretamente, permitió que una guarnición cristiana ocupara el castillo y las torres principales. Después de esto no tenía objeto resistir. Los halcones transigieron, aunque clamaron venganza y se acordaron de toda la parentela del rey.

Las capitulaciones se firmaron el dos de enero de 1492. Después Boabdil y los suyos abandonaron la Alhambra para trasladarse a las tierras que los Reyes les habían concedido en las Alpujarras.⁹²

La Península era nuevamente cristiana. Toda ella, como ocho

91. Por este motivo los franceses denominan *isabelle* al color amarillento.

92. Existe, en las cercanías de Granada, una eminencia llamada el Suspiro del Moro, un lugar propicio para escarceos de enamorados desde el que se domina una vista de la ciudad. La leyenda asegura que desde aquel punto Boabdil volvió la cabeza a catar con la mirada todo lo que dejaba atrás, y sin poderse contener rompió a llorar. Entonces su madre, la noble Aixa, una mujer que los tenía bien puestos, le dijo: «Sí, hijo, llora, llora como mujer por lo que no has sabido defender como un hombre». Las madres, muchas veces, son un gran consuelo.

siglos antes, en tiempos de los godos. Con una pequeña diferencia: quedaban dos numerosas comunidades que no eran cristianas, los judíos y los moros.



Guerreiros nazaries.